

Históricas Digital



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

Javier Rico Moreno

“Las lecturas y el método. Dos casos: Luis Villoro y John Womack”

p. 147-173

Historia y método en el siglo XX

Pilar Gilardi González y Martín Ríos Saloma
(coordinación y presentación)

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

2017

200 p.

(Teoría e Historia de la Historiografía, 14)

ISBN 978-607-02-9836-3

Formato: PDF

Publicado en línea: 16 de abril de 2018

Disponible en:

www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/historia/metodo/691.html

DR © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



Las lecturas y el método

Dos casos: Luis Villoro y John Womack

JAVIER RICO MORENO
Universidad Nacional Autónoma de México
Facultad de Filosofía y Letras

El concepto absoluto que el milenarismo se forma del “ahora”, y que no le permite percibir el desarrollo, nos proporciona, sin embargo, una diferenciación cualitativa del tiempo. Conforme a este concepto, existen épocas preñadas de sentido y otras desprovistas de él. En este hecho radica un método histórico-filosófico que servirá para establecer una diferenciación de los tiempos históricos. Su importancia sólo se podrá apreciar después de poner de manifiesto que aun una consideración empírica de la historia es imposible sin una diferenciación histórico-filosófica del tiempo (a menudo latente y por lo tanto imperceptible en sus efectos).

KARL MANNHEIM

Una constante en estudios historiográficos recientes sigue siendo la especial atención que se dedica a las fuentes — tanto documentales como bibliográficas — cuya impronta se reconoce en el texto en cuestión. Con dicha operación se pretende sopesar la información de la que se valió el autor, poniendo énfasis en su calidad, cantidad y novedad, como uno de los factores que determinan el valor de la obra. La tesis central de este artículo es que hay fuentes (lecturas previas o paralelas a la investigación de un historiador) que pueden o no proporcionar datos, y sin embargo llegan a cumplir una importante función: articular una forma de concebir la dinámica social en un fragmento del pasado humano y, de esta manera, permiten delinear el método a seguir. Luego de un ejercicio para definir el tiempo y el lugar desde los cuales conviene formular las preguntas acerca del método de los historiadores, se procederá a estudiar la relación entre las lecturas y el método en dos casos particulares: *El proceso ideológico de la revolución de independencia* de Luis Villoro, y *Zapata y la Revolución mexicana* de John Womack.

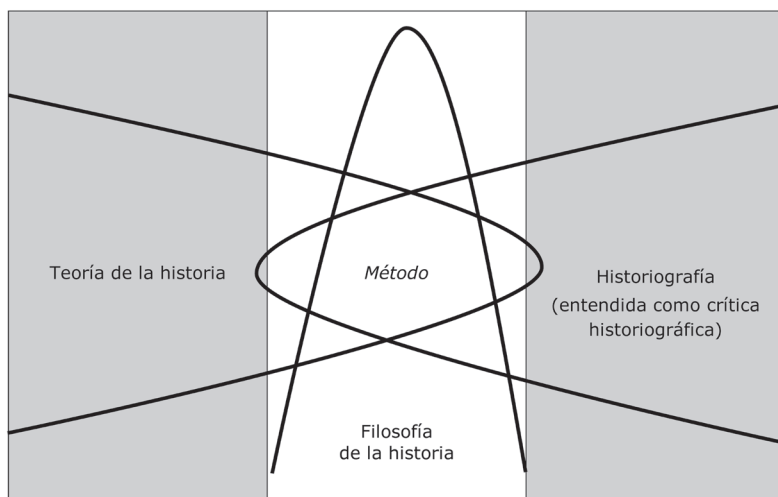
Tiempo y lugar del método

Desde hace unos ciento cincuenta años, el problema del método en una disciplina tan peculiar como la que pretende conocer el pasado del hombre ha ocupado un lugar central en múltiples reflexiones y estudios encaminados a aclarar la naturaleza del objeto de estudio y las características de aquello que produce (la historia escrita). Se han emprendido dignos esfuerzos por reivindicar la particularidad del conocimiento histórico frente a las pretensiones de uniformidad metodológica con base en el procedimiento de las ciencias naturales, que en el siglo XIX llegó a concebirse como el modelo rector para todo conocimiento válido. El reclamo de la autonomía metodológica de la historia se ha apoyado, principalmente, en la especificidad de su objeto: hechos humanos del pasado, singulares e irrepetibles. Así, se ha podido argumentar que la validez del conocimiento del pasado del hombre no puede sujetarse a los criterios del método científico. Al paso del tiempo, teniendo en cuenta el desarrollo de la disciplina y la diferenciación de las áreas que la conforman, vale la pena preguntar desde qué tiempo y espacio es pertinente abordar la cuestión del método en la investigación histórica.

El tema del método en la historia se ubica en la intersección de dos áreas que forman parte de los estudios históricos y otra que corresponde a la filosofía (véase esquema 1). El asunto parece sujeto a la tensión generada por tres tipos de interrogantes que, aunque distintas, se reclaman unas a otras. De un lado se encuentra la pregunta por las condiciones de posibilidad del conocimiento histórico, a partir de la cual comenzó a configurarse —sobre todo desde la segunda mitad del siglo XIX— la teoría de la historia, que pondrá énfasis en la dimensión epistemológica. Tarea de filósofos con marcado interés en el conocimiento del pasado o de historiadores conscientes de la importancia de la reflexión filosófica, se encamina hacia la explicación del proceso en general, haciendo abstracción de los casos particulares, a los que suele acudir sólo para ilustrar algún problema o parte de él.

De otro lado se encuentran las preguntas acerca del modo en que se lleva a cabo la producción historiográfica en sus formas concretas, y que orientan el estudio de una obra historiográfica; de la producción de un historiador, de una corriente o de una escuela; o

Esquema 1
EL LUGAR DE LAS PREGUNTAS SOBRE EL MÉTODO EN LA HISTORIA



FUENTE: Elaboración propia.

bien, de las diversas interpretaciones de un mismo acontecimiento, periodo, personaje o proceso. Las investigaciones que se despliegan en esta línea se insertan propiamente en los estudios historiográficos, es decir, lo que en términos generales suele referirse como historiografía, pero entendida no como una historia de la historia, sino como un estudio crítico de las representaciones del pasado en que consisten las obras historiográficas. Con un desarrollo más reciente que la anterior, no puede prescindir de los esquemas abstractos, pero el centro de gravedad de sus observaciones está en los productos de la historia como disciplina.

Por último, se encuentran las preguntas acerca de la constitución de la realidad, la situación del hombre en el mundo, la historicidad o la naturaleza del ser humano, el estatus ontológico del pasado, el tiempo y la temporalidad. Su ejercicio corresponde más plenamente a los filósofos, y las reflexiones derivadas de las preguntas que le son propias tienen un carácter fundamental, tanto para la teoría de la historia como para los estudios historiográficos.

Ahora bien, mientras en forma llana o simple el método tiene el significado de camino que se sigue para llegar a un destino, en un

sentido más cercano a la investigación, por método se entiende un conjunto de procedimientos para obtener el conocimiento verdadero o válido de algo.¹ En el caso de la investigación histórica, se trata de un camino mental o intelectual que se va formando por el encadenamiento multidireccional de preguntas y respuestas, ideas, operaciones lógicas (análisis, comparación, síntesis), procedimientos heurísticos, conceptos e imágenes. Cuando se reconoce que a pesar de la pretensión de uniformidad metodológica (un método universal), lo que existe es una diversidad de métodos, y éstos se convierten en objeto de estudio, entonces es pertinente hablar de metodología, que es, justamente, el estudio de los métodos.

A partir de estas consideraciones sugiero que la historiografía, o más propiamente la crítica historiográfica, es un lugar privilegiado para el estudio del método por medio del cual los sujetos de la enunciación historiográfica llegan a la producción de una representación del pasado, es decir, a construir un cierto conocimiento de lo acontecido. Lo anterior se funda en la constatación de que toda observación y estudio del método son siempre procedimientos *a posteriori*, es decir, como un estudio del camino recorrido (y no por recorrer) o de los procedimientos realizados (y no por realizar), pues como dice el poeta: “Caminante, no hay camino, / se hace camino al andar. / Al andar se hace el camino / y al volver la vista atrás / se ve la senda que nunca / se ha de volver a pisar”.²

La analogía con los versos de Antonio Machado me parece afortunada: al iniciar una investigación, el historiador prevé (en el pleno sentido de ver con anterioridad) un conjunto más o menos ordenado de procedimientos y acciones que le permitan conocer un aspecto de algo que sucedió (un hecho del pasado). La experiencia nos enseña que en el curso de la investigación ese método previsto siempre se modifica, en ocasiones sustancialmente. Por eso el método sólo puede

¹ Es probable que el significado original de camino por recorrer motive que, en ocasiones, se piense en el método sólo como un conjunto de procedimientos empíricos, tales como la recolección de datos y su verificación, y se dejen fuera de las consideraciones metodológicas los procedimientos lógicos y, propiamente imaginativos, que están involucrados en la investigación histórica.

² A. Machado, “Proverbios y cantares, XXIX”, en *Obras, poesía y prosa*, 2a. edición, Buenos Aires, Losada, 1973, p. 218.

observarse al final de la investigación, como el camino andado. Hay que señalar, además, que todo estudio metodológico es aproximativo; el estudioso de la historiografía descubre en una obra historiográfica una serie de pistas, huellas o evidencias que indican el camino que siguió el historiador (conceptos, ideas, teorías, fuentes, lecturas), pero es posible que ni siquiera el autor mismo pueda reconstruir paso a paso el camino que lo llevó a representar un fragmento del pasado tal como lo hizo. Debe considerarse, además, que cuando se accede a la obra, generalmente en forma de publicación, el texto pudo haber sufrido cambios en relación con la versión original (modificaciones en la estructura de los capítulos o apartados, supresiones o adiciones que se llevan a cabo con criterios editoriales, de censura o de autocensura, y no teóricos ni metodológicos). No está de más reconocer que, como toda investigación, los métodos son irrepetibles y se convierten en la senda que no se volverá a pisar, es decir, resulta prácticamente imposible seguir con exactitud el mismo camino para otra investigación.

Escribo, luego, leo

La conocida conclusión a la que llegara René Descartes en el *Discurso del método* —“Pienso, luego existo” — tiene un sentido lógico y no temporal, y resulta más accesible en la forma: “pienso, por lo tanto, existo”, de manera que el pensar es la prueba del existir. En un ejercicio lúdico, podemos imaginar una relación semejante aplicada a los procesos de la escritura y la lectura como actos concomitantes al hacer de los historiadores. Las diversas operaciones que éstos llevan a cabo se condensan en un producto final que es la representación del pasado mediante el lenguaje escrito, es decir, en una narración: lo que aquéllos escriben —como parece suceder en todos los casos de escritura— tiene el destino de la lectura. Pero la relación entre ambos actos tiene también un sentido distinto: en tanto que todo historiador es un lector, lo que escribe expresa la presencia de sus lecturas previas, refiere lo que antes ha leído. El historiador escribe, por lo tanto, lee; la escritura es también una prueba de sus lecturas.

Ahora bien, la cuestión del método no se reduce a la aplicación de un conjunto de técnicas o a la localización de fuentes documentales y

utilización de herramientas teóricas, de cuya suma final resulte un itinerario lineal e infalible que necesariamente conducirá al objetivo establecido. Implica la prefiguración de un procedimiento en función de preguntas que toman su lugar en un escenario o campo histórico imaginado. Las lecturas previas o paralelas a una investigación —al menos algunas de ellas— suelen tener una incidencia metodológica al definir las líneas con las que el historiador traza, por así decirlo, un boceto del pasado que pretende representar con la mayor precisión posible. Captar la incidencia de las lecturas en la configuración de un método implica reconocer la dimensión sociocultural de la lectura, mediante la cual ésta deja de ser un mero proceso de decodificación para adquirir la forma de una experiencia vital del sujeto lector.

En el prólogo a la primera edición de la obra de Joseph de Acosta, Edmundo O’Gorman perfiló una serie de consideraciones que anticipaban su crítica a la historia tradicional y que integrarán parte central de *Crisis y porvenir de la ciencia histórica*. Al referirse a la valoración que los historiadores del siglo XIX habían hecho de obras como la *Historia natural de las Indias* exclusivamente como fuentes históricas, advierte:

En términos generales, cabe afirmar que los textos que pueden llamarse fuentes históricas han recibido de nuestros historiadores un tratamiento, ciertamente serio, de crítica intensa; pero orientado de una manera insuficiente. Se encuentra fundamentalmente una actitud de considerarlos como —para usar una metáfora expresiva— minas de dónde extraer ciertos datos y noticias. Lo menos que hoy puede decirse a este respecto es que es una posición absolutamente ineficaz, si sólo fuera porque esos textos son también susceptibles de la consideración como totalidades. Ya no es posible ignorar que un libro, un texto, una fuente vienen a ser la respuesta de una voluntad, la que, a su vez, descansa en una serie indefinida de supuestos. Es por esto que un libro dice mucho más de lo que puede deducirse por medio de un análisis fragmentario.³

Consecuencia de lo anterior —continúa O’Gorman—, textos como el de Acosta fueron valorados básicamente en términos “[...]”

³ Edmundo O’Gorman, “Prólogo” a *Historia natural de las Indias*, México, Fondo de Cultura Económica, 1939, p. X.

de la verdad objetiva y originalidad de los datos y noticias, únicos elementos considerados como valiosos”.⁴ Otra importante apreciación acerca del valor de las lecturas como parte de un horizonte histórico cultural es la que elaboró el historiador Irving Leonard en una obra (publicada originalmente en 1949) que constituye un importante antecedente de la historia de la lectura. Al referirse a la literatura de ficción y su relación con las actitudes de los conquistadores españoles, Leonard trató de enfatizar los efectos posibles de una lectura que se emprende bajo ciertas circunstancias (y que bien podemos reconocer en otros tipos de obras y de lectores):

En los estudios de historia moderna no se sopesan en todo su valor las frecuentes y sutiles interacciones entre la literatura y los hechos humanos. Los escritos de ficción no solamente son los registros subjetivos de la experiencia humana sino que a veces son los instigadores inconscientes de las acciones del hombre, al condicionar sus actitudes y reacciones. Los productos de la imaginación, que a este respecto ejercieron mayor influencia en determinado tiempo y determinado lugar, no son siempre las supremas creaciones del genio, sino manifestaciones inferiores de la expresión artística que, por circunstancias especiales, remueven las emociones de sus lectores de un modo más profundo; como resultado de esto, suelen alterar el curso de la historia o modificar las costumbres y los usos de una época.⁵

Pensamiento y acción

El proceso ideológico de la revolución de independencia, título definitivo que Luis Villoro estableció para la segunda edición (publicada en 1967, catorce años después de la primera) no podía ser menos elocuente. Lejos de los enfoques tradicionales que buscaban en el pensamiento político de la Ilustración el *corpus* de ideas que había orientado el origen y el cauce de la independencia de México, Villoro emprendió un notable estudio de las transformaciones que, en el curso de aquel

⁴ *Ibidem*, p. XII.

⁵ Irving Leonard, *Los libros del conquistador*, trad. de Mario Monteforte Toledo, México, Fondo de Cultura Económica, 1953, p. 9.

acontecimiento histórico, experimentaron las formas de pensar concreto en relación con los grupos sociales, es decir, los cambios en la ideología de la revolución de independencia. La interpretación histórica que emprendió el filósofo mexicano situó en el centro de su análisis el binomio que integran ideología y utopía, el cual, desde mediados del siglo XX, cobró relevancia en el marco de los movimientos revolucionarios en el llamado tercer mundo y, luego, de las revueltas estudiantiles. Ambos términos pusieron de manifiesto una efervescencia de la mentalidad utópica que en muchas ocasiones se acompañaba de una lucha contra las ideologías. En forma paralela, aquel binomio atrajo poderosamente la atención de las ciencias sociales y las humanidades, haciendo común la referencia al estudio que sobre el tema en particular había emprendido Karl Mannheim:

No está nada claro el hecho de que el problema de la utopía se haya visto estimulado gracias a Mannheim y sus consideraciones al respecto. Pero no podemos negar que este concepto ganó por primera vez, gracias a él, contornos más precisos en tanto que categoría heurística, siendo aceptado en un campo teórico-social relevante. Aunque quizá tal campo, el de la “sociología científica”, haya anulado, más que reflejado, el problema de la utopía.⁶

Originalmente con el término ideología se designó el estudio de las facultades y las ideas que producen; de ahí que los ideólogos fueron al principio filósofos que se ocuparon de la clasificación y el estudio de las ideas, particularmente en Francia. A raíz de la oposición de un grupo de ellos al emperador Napoleón Bonaparte se comenzó a generalizar la referencia a los ideólogos en una forma políticamente despectiva. Por otra parte, siguiendo las apreciaciones de Hegel en torno a la ideología como conciencia escindida, en el pensamiento de Marx tomará la forma de falsa conciencia, que se caracteriza por ocultar o enmascarar la realidad económica y social. En otro sentido, al proyectar una sociología del saber, Max Scheler sostenía que el conocimiento podía estudiarse no sólo en términos de sus contenidos, sino

⁶ Arnheim Neusüs, “Dificultades de una sociología del pensamiento utópico”, en *Utopía*, trad. de María Nolla, Barcelona, Barral Editores, 1970, p. 18. Entrecomillado del autor.

también en su relación con una situación social e histórica, en cuya dimensión se encontraban, justamente, las ideologías.

Éstos son, *grosso modo*, los antecedentes en línea directa de una obra cuya lectura tendrá una función articuladora en el método que siguió Luis Villoro en su investigación sobre la revolución de independencia. La obra a la que me refiero se publicó en 1936, y en 1941 apareció la versión en español bajo el título de *Ideología y utopía*. En palabras del filósofo de origen húngaro,⁷ el libro tenía el propósito de “[...] resolver el problema de cómo piensan los hombres”, pero no como se trata el pensamiento en los libros de lógica, sino “en la vida pública y en la política, como instrumento de acción colectiva”.⁸

En 1925 Mannheim había publicado *El problema de una sociología del saber*, que seguía una línea semejante a la de Max Scheler, pero proponiendo ahora una sociología del conocimiento, cuya tesis central es que existen formas de pensamiento que no pueden comprenderse en tanto no se aclaren sus orígenes sociales. En *Ideología y utopía* señaló la necesidad de captar el pensamiento en el marco de una situación histórico-social, pero sin olvidar que los modos de pensar concreto son inseparables de “la trama de la acción colectiva”. Dicha relación permite distinguir la complejidad de cualquier situación, pues en toda sociedad los grupos que la conforman “[...] actúan unos contra otros [...], y al hacerlo piensan unos con otros y unos contra otros”.⁹ Sus investigaciones sobre el estudio de la génesis, la estructura y la función de las construcciones intelectuales en la dinámica social lo llevó a reconocer dos formas ideológicas (la ideología, propiamente dicha, y la utopía), las cuales, aunque semejantes entre sí, lograban una plena diferenciación en las situaciones de conflicto

⁷ Nacido en Budapest en 1893, Karl Mannheim había realizado estudios en filosofía en la universidad de su ciudad natal. En el contexto de la revolución húngara trabajó amistad con el destacado teórico del marxismo Georg Lukács, autor de la influyente *Historia y conciencia de clase* (1923). Luego se vio obligado a viajar a Alemania, y en 1925 se incorporó a la Universidad de Frankfurt. Tras el ascenso de Hitler al poder se trasladó a Inglaterra y, desde 1933 hasta su muerte, ocurrida en 1947, enseñó en la London School of Economics.

⁸ Karl Mannheim, *Ideología y utopía. Introducción a la sociología del conocimiento*, 2a. edición, traducción de Salvador Echevarría, estudio preliminar de Louis Wirth, México, Fondo de Cultura Económica, 1987, p. 33.

⁹ *Ibidem*, p. 36.

social. El examen de la triada constituida por grupo social, conflicto político y situación de intereses derivó en el estudio de las ideologías no sólo como un conjunto de ideas, sino, fundamentalmente, como la expresión de una actitud histórica (véase esquema 2). El análisis de la situación permitirá a Mannheim descubrir el proceso de las construcciones del tiempo histórico que lleva a cabo cada grupo social:

La estructura interna de la mentalidad de un grupo nunca se podrá comprender mejor que cuando nos esforzamos por comprender su concepto del tiempo a la luz de sus esperanzas, de sus aspiraciones y de sus propósitos. Sobre la base de estos propósitos y de estas esperanzas, una mentalidad bien definida ordena no sólo los acontecimientos del *futuro*, sino los del *pasado*. Los acontecimientos que, a primera vista, se presentan como una mera acumulación cronológica, adquieren el carácter de un destino, desde este punto de vista. Los hechos escuetos se arreglan por sí solos en perspectiva y los énfasis del “sentido” se distribuyen y atribuyen a los acontecimientos individuales de acuerdo con las direcciones fundamentales en que lucha la personalidad. En este *ordenamiento significativo* de los acontecimientos, que es algo más que un mero arreglo cronológico, se podrá descubrir el *principio estructural del tiempo histórico*.¹⁰

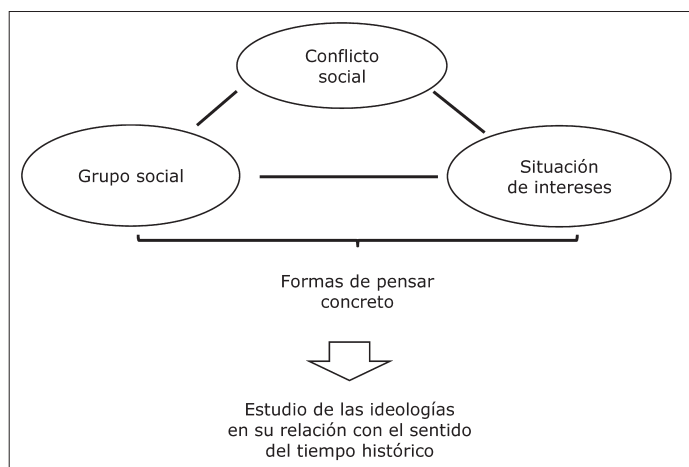
Las formas de pensar concreto, mediante las cuales se expresa la actitud histórica de un grupo social equivalen a una mentalidad histórica y, en función del proceso del que resultan (interacción entre grupo social, conflicto social y situación de intereses) se convierten en un elemento fundamental para estudiar la relación entre el pensamiento y la acción en situaciones de conflicto. En éstas, las ideologías suelen asociarse a la intención de mantener una estática social, mientras que las utopías se vinculan a una voluntad de transformación.¹¹

¹⁰ *Ibidem*, p. 246-247. Como se podrá apreciar, está aquí la problematización del tiempo histórico y su relación con el proceso de significación y con las dimensiones del pasado y el futuro, mismas que pensadores posteriores habrán de desarrollar con mayor amplitud. El entrecomillado es del autor; las cursivas son mías.

¹¹ Como ha precisado Arnheim Neusüss al revisar la obra de Mannheim, la diferencia entre una y otra radica en la adecuación o no adecuación con la realidad y en la orientación temporal de la utopía (un futuro que todavía no es): “¿Qué papel juega,

Esquema 2

MARCO REFERENCIAL DEL ESTUDIO DE LAS IDEOLOGÍAS EN K. MANNHEIM



FUENTE: Elaboración propia.

En *El proceso ideológico de la revolución de independencia* se observa con claridad la marca metodológica que le imprime la obra de Mannheim. Ciertamente que desde las primeras líneas del prólogo a la primera edición, Villoro previene al lector con la mención de una evidencia que, como tal, muchas veces se omite: “[...] el objeto de la historiografía es el hombre”, con lo cual subrayaría el carácter humanista de la disciplina, a condición de sustituir la imagen de “una conciencia descarnada” por la del “hombre arrojado en el mundo”.¹²

pues, en el contexto de esta concepción el concepto de utopía? Es común, tanto para las ideologías como para las utopías, el hecho de que tanto unas como otras son visiones de la realidad social determinadas posicionalmente, y, por lo tanto, particulares. En el sentido del concepto de ideología ‘total y general’ también las formas de mentalidad utópica son ideológicas. Se diferencian en un sentido más estricto de las ideologías, únicamente en su distinta ‘no adecuación con la realidad existente’. No intentan, como las ideologías, calificar etapas pasadas de la realidad como aún existentes, es decir, no quedan a la zaga del presente, sino que requieren ‘trascender’ la fase alcanzada, superarla intelectualmente y también, en lo posible, prácticamente. La diferencia existente entre las ideologías y las utopías estriba en la orientación temporal. *Ibidem*, p. 19. Entrecomillados del autor.

¹² Luis Villoro, *El proceso ideológico de la revolución de independencia*, 2a. edición, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1999, p. 15.

Expone luego una serie de consideraciones que transparentan sus vínculos intelectuales con el historicismo, el existencialismo y el marxismo, relativas sobre todo, a la situación del hombre y el acontecer histórico:

El acontecer histórico nada tiene que ver con el transcurrir natural; se funda en el despliegue temporal de la existencia y no en la medida del tiempo del mundo. Mas tampoco tiene que ver con los avatares de una conciencia descarnada; su protagonista no es una entidad abstracta, sino el hombre arrojado en el mundo. El “lugar” de lo humano en la historia no podrá encontrarse fuera de los límites que le señala su *situación*. Cada individuo es inseparable del mundo de relaciones en que vive y que constituye un contexto común de referencias tejido por el trabajo y la convivencia. El concepto de “clase” puede servirnos para señalar la circunscripción del mundo social vivido por cada hombre; constituye un punto de referencia para “situar” nuestro objeto. Por ende, nuestro estudio se referirá, ante todo, a grupos humanos vinculados por un mundo vivido común, y secundariamente, a las individualidades que destaquen en su seno.¹³

No es difícil constatar que la situación se había convertido en una categoría básica en las filosofías de la existencia: Kierkegaard sostenía que el ser humano —en tanto que existente— aparece siempre en situación; para Ortega y Gasset, en su reclamo por ubicar al hombre en la realidad radical de la vida, la situación es equivalente a la circunstancia; algo semejante sucede con el “estar-en-el-mundo” de Heidegger; Karl Jaspers, por su parte, también enfatizó la misma e inseparable relación (“yo, como existencia, estoy siempre en una determinada situación”).¹⁴

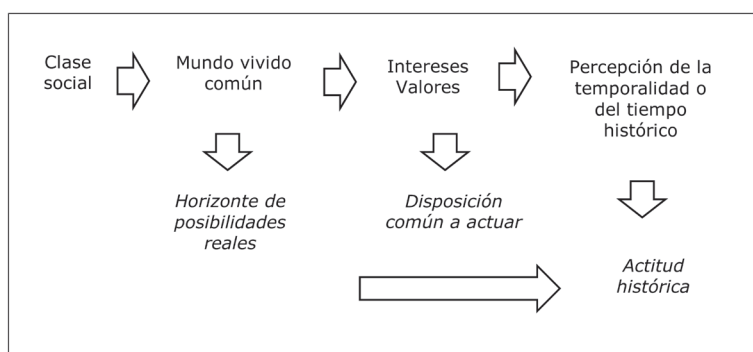
Al trasladar la lógica de la génesis de las ideologías al plano de la sociedad novohispana de finales del siglo XVIII y de la revolución de independencia, Villoro construirá el escenario de una situación histórica. En él, los seres humanos integran grupos (clases) sociales cohesionados por un mundo vivido común (una experiencia social

¹³ *Ibidem*, p. 15.

¹⁴ Cfr. José Ferrater Mora, *Diccionario de filosofía*, Barcelona, Ariel, 1994, v. IV, p. 3313-3315.

vital que es semejante en todos los miembros de un grupo) del que se desprende un horizonte de posibilidades reales. En ese mundo vivido común hay intereses y valores (económicos, sociales, morales) que condicionan una disposición a actuar. La combinación de tales elementos, a su vez, forma el condicionante de una particular construcción del tiempo histórico (véase esquema 3).

Esquema 3
LÓGICA DEL DINAMISMO SOCIAL
EN EL PROCESO IDEOLÓGICO DE LA REVOLUCIÓN DE INDEPENDENCIA

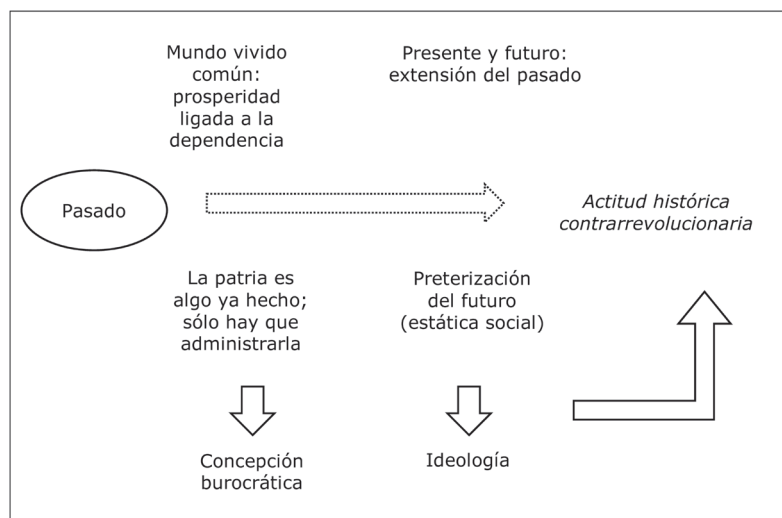


FUENTE: Elaboración propia.

Este modelo de explicación —cabe recordar— se refiere a una situación de conflicto, siempre sobre la base de una sociedad escindida en grupos. En su análisis del momento previo a la revolución, Villoro reconoce tres clases sociales diferenciadas, indudablemente por criterios económicos y sociales. No obstante, y he aquí el que me parece uno de los aciertos más importantes de su estudio, la actuación de esos actores colectivos en el escenario de la situación de conflicto se comprende no tanto por su posición económica como por su experiencia vital común y la actitud histórica que asumen en función de su valoración de la temporalidad (véase esquema 4).

La situación de la clase dominante (los peninsulares) y su actuación se articulan por el mundo vivido común de una prosperidad ligada a los vínculos de dependencia de la metrópoli; en ello radican sus intereses y sus valores. En tanto que su experiencia vital es la prosperidad, perciben a la patria como algo ya hecho, y sólo se

Esquema 4 ACTITUD HISTÓRICA DE LA CLASE DOMINANTE



FUENTE: Elaboración propia.

requiere una adecuada administración; es expresión de una concepción burocrática (estática) de la sociedad. El presente (que se vive) y el futuro (por vivir) no se pueden percibir más que como una prolongación del pasado, que es el origen y basamento del orden colonial, lo que equivale a una preterización del futuro. Su actitud histórica, por tanto, será contrarrevolucionaria y se expresará mediante una ideología orientada a la conservación del orden colonial.¹⁵

Será en el siguiente sector, el de la clase media ilustrada, donde Villoro descubra una transformación ideológica que tiene como tras-

¹⁵ El sentido del tiempo histórico de la clase dominante corresponde en Mannheim a la tercera forma de mentalidad utópica (la idea conservadora): “El sentido del tiempo de ese modo de experiencia y de pensamiento es completamente opuesto al del liberalismo. En tanto que para éste el futuro era todo y el pasado nada, el modo de experimentar el tiempo del conservatismo halló la mejor corroboración de su sentido de la determinación histórica en el descubrimiento de la importancia del pasado, en el descubrimiento del tiempo como creador de valores. El tiempo no existía en forma alguna en la mentalidad quiliástica, y existió para el liberalismo sólo en cuanto era capaz de producir un progreso en el futuro. Mannheim, *Ideología y utopía...*, p. 272.

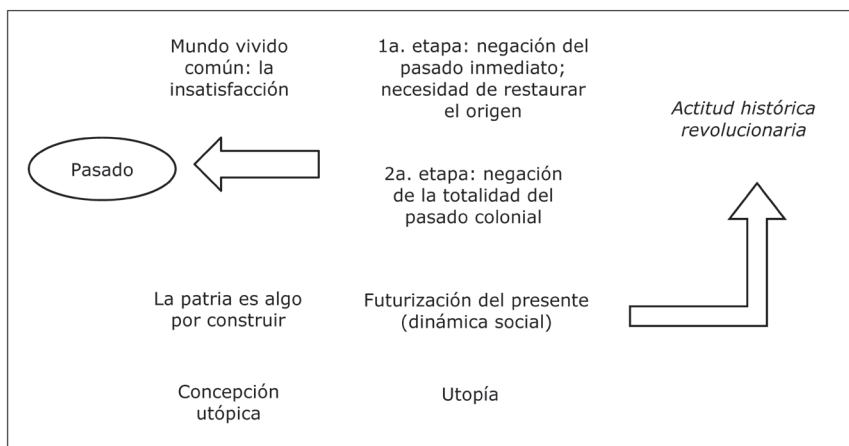
fondo un cambio en la percepción de la temporalidad, particularmente del pasado. Esta clase se distingue por una experiencia vital en la que predomina la insatisfacción y, por tanto, emprenderá una negación del pasado inmediato (que casi se funde con el presente) y un intento por restaurar el pasado remoto, es decir, el origen del orden colonial. Fray Servando Teresa de Mier manifestó esa aspiración en el alegato histórico jurídico que desplegó en el libro XIV de su polémica *Historia de la revolución de Nueva España*. Sostenía la existencia de un pacto original que consignaba los derechos y prerrogativas de los americanos, un pacto que los peninsulares habían violentado; de este modo, si en el origen de la Nueva España estaban los fundamentos de una sociedad justa, entonces había que restaurar ese pasado remoto. Sin embargo, advierte Villoro, desatada la insurgencia y al contacto con el pueblo, se advierte en la clase media una transformación revolucionaria que implicará la negación de la totalidad del pasado colonial.¹⁶

A diferencia de la concepción burocrática de los peninsulares, para los americanos la patria será algo que había que construir; eran ahora portadores de una concepción utópica (dinámica) de la sociedad. En esta transformación, la clase media asumirá una actitud histórica revolucionaria que, tras la negación del pasado, asimila una concepción utópica de la sociedad. Su actitud histórica integra una futurización del presente, es decir, las acciones del presente vivido tienen el propósito de acercar un futuro deseable configurado a partir de las ideas de la teoría política del liberalismo (véase esquema 5).

El tercer grupo social es la clase trabajadora; su mundo vivido común es la opresión. No tiene posibilidades de articular ideológicamente una visión y una valoración del pasado y del presente propias, y, por tanto, no puede llevar a cabo la proyección de un futuro deseado. Su actuación en el proceso histórico se encaminará a la

¹⁶ La valoración negativa del pasado corresponde en el estudio de Mannheim a la segunda forma de mentalidad utópica (la idea liberal humanitaria): “La mentalidad normativa liberal contiene también esa diferenciación cualitativa de los acontecimientos históricos, y, además, sólo siente desprecio, por considerarlo como un mal, por todo lo que se ha vuelto parte del pasado o es parte del presente. Aplaza la realización de esas normas a un remoto futuro y [...] lo ve como surgiendo del proceso de *devenir* en el *aquí y ahora*, surgiendo de los acontecimientos de la vida cotidiana”. *Ibidem*, p. 263. Cursivas del autor.

Esquema 5 ACTITUD HISTÓRICA DE LA CLASE MEDIA



FUENTE: Elaboración propia.

instauración del reino de la religión y la igualdad, sin margen para construir la imagen de una nueva sociedad. Su actitud histórica, si acaso la hay, es la de una entrega a la vivencia del instante, sin referencia a un pasado ni a un futuro (véase esquema 6). Su mejor referente es el de las rebeliones inspiradas en el milenarismo o quiliastro, como el de Thomas Münzer en el siglo XVI.¹⁷

Tal es la situación histórica en la que los protagonistas, cuyo perfil trazó Villoro tratando de comprender la relación entre pensamiento y acción, escenifican un drama que se desarrolla en el sentido de una serie de paradojas anunciadas en las primeras líneas de la obra:

¹⁷ Mannheim reconoce en el milenarismo la primera forma de mentalidad utópica, cuya principal característica es “[...] su absoluta actualidad, el hecho de que siempre se halla situada en el presente [...] Para el verdadero milenarista, el presente se convierte en una brecha por la cual lo que antes era interior, irrumpe de repente, se adueña del mundo exterior y lo transforma [...] Tal vez esta misma sustancia extática sea la que se convierta en el milenarista en el ‘aquí y ahora inmediatos’, pero no solamente para deleitarse en ellos, sino para convertirlos en parte de sí mismo [...] El milenarista espera una unión con un presente inmediato. Por lo tanto, no se preocupa, en su vida cotidiana, por vanas esperanzas del futuro, o reminiscencias románticas”. *Ibidem*, p. 252-254. Entrecomillados del autor.

Esquema 6

LA VIVENCIA DEL PRESENTE DE LA CLASE TRABAJADORA

Mundo vivido común: opresión	Deseo de instauración del reino de la religión y la igualdad (milenario o quiliasmo)	<i>Vivencia del instante</i>
---------------------------------	---	----------------------------------

FUENTE: Elaboración propia.

Nos encontramos con que muchos de los precursores del movimiento se transforman en sus acérrimos enemigos en el instante mismo en que estalla; con que no consuman la Independencia quienes la proclamaron, sino sus antagonistas, y, por último, que el mismo partido revolucionario ocasiona la pérdida de los consumidores de la independencia.¹⁸

Sin embargo, la resolución del conflicto no será una paradoja cerrada, sino abierta: el proceso ideológico no concluye con la consumación de la independencia; en realidad se prolongará a lo largo de todo el siglo XIX y principios del XX. En términos de la producción de formas de pensar concreto (ideológicas), el estudio de Villoro permite comprender también la manera en que la expectativa de un futuro deseado, una sociedad moderna basada en los principios políticos y económicos del liberalismo, encauzó la interpretación de la historia de México que a la postre sería la hegemónica.

El proceso ideológico de la revolución de independencia es quizá la última experiencia en la historiografía mexicana del siglo XX producto del diálogo directo de la historia con la filosofía; despliega la indagación de un proceso histórico a la luz de la situación del hombre en el mundo, cuya comprensión, en última instancia, debe ser el fin de la historiografía.

Aunque Villoro sólo cita en una ocasión el trabajo de Mannheim, la presencia de *Ideología y utopía* en *El proceso...* es innegable. Pero su importancia no está en ser una fuente de datos o de información (el filósofo de Budapest nada dice sobre el hecho histórico en cuestión,

¹⁸ Villoro, *El proceso ideológico...*, p. 19.

ni tampoco sobre criollos y peninsulares), y menos aún ofrece un catálogo de unidades conceptuales. Su lectura le permite a Villoro construir un eje de interpretación mediante un procedimiento para encontrar la relación entre la situación en el mundo de cada clase social, su horizonte de posibilidades reales y su experiencia de la temporalidad. Sólo así las ideologías en juego durante el proceso de independencia dejan de ser un mero conjunto de ideas abstractas para convertirse en formas de expresión de una actitud histórica, categoría que permite articular el vínculo de pensamiento y acción en el marco del método histórico filosófico para la historia social e intelectual por el que pugnaba Mannheim.

Tradición y modernidad

El segundo caso a analizar es una obra historiográfica que habría de convertirse en un referente básico del revisionismo de la Revolución mexicana. *Zapata y la Revolución mexicana* es la derivación de la tesis doctoral que John Womack presentó en la Universidad de Harvard en 1965. Luego de un periodo de ampliaciones y correcciones, el texto llegó a la prestigiada casa neoyorkina Alfred Knopf; ahí, el editor le sugirió a Womack proponerle a Arnaldo Orfila (entonces director de Siglo XXI Editores) la edición en español de *Zapata and the Mexican Revolution*. La gestión fue exitosa y las dos ediciones salieron con diferencia de meses entre 1968 y 1969.

En *Zapata y la Revolución mexicana*, Womack inauguró la narración con una figura retórica que anuncia el despliegue de un drama configurado como una tragedia. La conocida frase inicial, “Éste es un libro acerca de unos campesinos que no querían cambiar y que, por ello mismo, hicieron una revolución”,¹⁹ es una paradoja que

¹⁹ John Womack, Jr., *Zapata y la Revolución mexicana*, 9a. edición, traducción de Francisco González A., México, Siglo XXI, 1978, p. XI. En la edición en inglés el verbo es *move* y no *change* (“This is a book about country people who did not want to move and therefore got into a revolution.”), lo cual ha suscitado interpretaciones distintas. Al respecto, en una entrevista realizada por el historiador Marco Velázquez, Womack señaló: “[...] pensé en la palabra ‘cambiar’ no como una inserción o remoción, sino más bien entendida como un acto de no separación; la palabra ‘cambiar’ es más elegan-

contiene en sí misma todo el relato; lo sintetiza en una especie de matriz significativa. Los once capítulos, el prólogo y el epílogo que integran el libro son el desdoblamiento de esa paradoja en distintos planos, dando lugar a un juego de oposiciones en una dimensión histórico-antropológica. Así por ejemplo, la elección de Emiliano Zapata como dirigente del pueblo (una especie de democracia natural) es el polo opuesto del proceso electoral que lleva a Pablo Escandón a la gubernatura del estado (democracia formal); y el progreso de los hacendados es la antítesis de la decadencia de los pueblos — como Anenecuilco —, que se hallaban al borde del colapso.

La destreza narrativa de Womack y la perspectiva desde la cual emprendió la minuciosa investigación produjeron una historia del zapatismo en la tonalidad de las expectativas y el imaginario social de algunos sectores de clase media en los años sesenta y setenta. La serie de antagonismos que integran la trama del relato tiene como eje interpretativo una oposición fundamental: aquella que se genera entre tradición y modernidad. No era éste un tema novedoso; desde décadas anteriores venía ganando terreno una visión dicotómica de la sociedad como objeto de estudio que se había forjado en la convergencia de distintas disciplinas y enfoques:

Con la influencia de las corrientes sociológicas [...], el auge del funcionalismo en sociología y antropología [...], el desarrollo de la antropología cultural norteamericana y sus aproximaciones psicológicas [...], y el predominio de las tesis gradualistas (incluido el marxismo y los rápidamente envejecidos desarrollismos), las corrientes teóricas de las ciencias sociales-antropológicas tendieron a polarizar la sociedad en dos extremos: sagrado-secular, tradicional-moderno, folk-urbano, siguiendo la línea de base neoevolucionista en cuanto al pasaje de un polo al otro. Pese a sus exageraciones y errores básicos, estas (nuevamente dicotómicas) perspectivas proporcionaron algunas de las aportaciones teóricas y trabajos de campo más fecundos, no tanto

te en la traducción pero cuando la escribí originalmente tuve la idea de *move*, como ‘cambiar’, reflejando una posición y no una acción”. Cfr. Marco Velázquez, “El tropos del héroe trágico entre la historia y la literatura. De Lev Tolstói a John Womack”, *Gruffyllia. Revista de la Facultad de Filosofía y Letras*, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, n. 7, 2007, p. 107-118, p. 112. Entrecomillados y cursivas del autor.

en sí mismas como (y sobre todo) por las reacciones, debates y discusiones que generaron.²⁰

En el campo de las ciencias sociales de la academia estadounidense, a partir de los años treinta del siglo XX se desarrolló una línea de investigación en torno a los efectos de la modernización y los cambios tecnológicos en las sociedades primitivas, la cual fue derivando en un enfoque que ponía énfasis en la doble polaridad campo-ciudad/tradición-modernidad. Consecuencia relevante en los estudios realizados desde esa perspectiva fue el reconocimiento de la cultura, ya no como una capa superpuesta a las estructuras económicas y sociales, sino como un factor fundamental en el desarrollo y el funcionamiento de los grupos sociales, tanto rurales como urbanos.

Uno de los pioneros y principales promotores de esa orientación en Estados Unidos fue Robert Redfield (1897-1958). Abogado de origen, es probable que un viaje a México a principios de los años veinte y el contacto que estableció con Manuel Gamio lo hayan motivado para abandonar las leyes y regresar a la Universidad de Chicago para realizar estudios de posgrado en antropología. Durante sus posteriores viajes a Tepoztlán, Morelos (1926), y luego a la zona maya de Yucatán y de Guatemala (en los años treinta), reunió suficiente material para dar forma a sus estudios sobre las alteraciones provocadas por la expansión de los centros urbanos en las comunidades rurales.²¹

Redfield estaba convencido de que el estudio de las sociedades *folk* (término que prefiere al de primitivas) permitiría entender mejor tanto a la sociedad en general como a las sociedades urbanas, modernas. Al constatar que a pesar de diferencias visibles todas sociedades

²⁰ Guillermo E. Magrassi y Manuel María Rocca (introd. y selec.), *Introducción al folklore*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1978, p. 26-27.

²¹ En una obra publicada en 1953, Redfield expuso sus ideas en torno a las sociedades primitivas en el marco de la “historia como el relato de una sola carrera, la del género humano”. En este ámbito, las alteraciones de la sociedad primitiva —sostenía— estaban directamente vinculadas a la aparición de la civilización a partir de la revolución neolítica estudiada, entre otros, por el arqueólogo australiano Gordon Childe, *El mundo de las sociedades primitivas y sus transformaciones*, traducción de Francisco González A., México, Fondo de Cultura Económica, 1963.

folk presentan un conjunto básico de características comunes, procedió a la elaboración de un tipo o modelo a partir de elementos como la territorialidad, la economía, los mecanismos de cohesión social, la homogeneidad racial y cultural, la moral y la tradición.

MODELO DE SOCIEDAD *FOLK*, DE ROBERT REDFIELD²²

-
- ✧ Invariablemente se trata de sociedades pequeñas; no tienen más integrantes que los que llegan a conocerse entre sí.
 - ✧ Aislamiento. Son sociedades aisladas; guardan pocos vínculos con grupos o miembros de sociedades distintas o extrañas, rasgo que contrasta con la íntima comunicación que experimentan al interior.
 - ✧ Movilidad territorial. En general, sus integrantes se desplazan sólo entre los límites del estrecho territorio que habitan; aun cuando algunos individuos van más allá, no suelen establecer una comunicación significativa con los otros.
 - ✧ Predominio de la oralidad. Dada la ausencia o poca penetración de la cultura impresa, predomina la comunicación oral, que no tiene competidor ni encuentra resistencias. “El conocimiento de lo que ha pasado no va más allá de lo que la memoria y la conversación entre jóvenes y viejos es capaz de retener, más allá del ‘tiempo de nuestros abuelos’, todo es vago y legendario”.²³
 - ✧ Experiencia por acumulación. Ante la ausencia de mecanismos de intercambio cultural, la experiencia está en función de la edad de los integrantes, por tanto: “[...] los viejos, que saben más que los jóvenes que no han vivido igual cantidad de tiempo que ellos, gozan de autoridad y prestigio”.²⁴
 - ✧ Homogeneidad biológica y cultural. Las semejanzas biológicas tienen su equivalente en que la forma de actuar y de pensar es igual para todos, lo cual deja un estrecho margen, incluso, para el cambio generacional; el resultado es una visible homogeneidad cultural y la permanencia de la tradición.

²² Elaborado a partir de R. Redfield, “La sociedad folk”, en *Introducción al folklore...*, p. 37-64. (Con el título “The Folk Society”, el artículo de Redfield se publicó originalmente en *American Journal of Sociology* en 1947.)

²³ *Ibidem*, p. 42.

²⁴ *Ibidem*, p. 43.

- ✧ Gran sentido de solidaridad de grupo. La moral predominante, el impulso a actuar (sobre todo al momento de enfrentar una crisis), se basa en fines que no están doctrinariamente enunciados, sino que se hallan sobreentendidos en la acción: “[...] lo que se hace en la sociedad *folk* tipo, se hace así no porque alguno o algunos de sus miembros lo decidan a un mismo tiempo [...] sino porque parece ‘necesariamente’ derivarse de la naturaleza íntima de las cosas; y [...] no hay inclinación a reflexionar en los actos tradicionales y considerarlos objetiva y críticamente”.²⁵
- ✧ Autosuficiencia de la tradición. Al interior de una sociedad *folk* la conducta es tradicional, espontánea y escapa a la observación crítica, lo que hace de la tradición una autoridad suficiente.
- ✧ Conducta personal. Tanto por la dimensión de la sociedad *folk*, como por la intercomunicación y el conocimiento de sus miembros entre sí, la estructura de las asociaciones mentales es predominantemente personal y emocional; incluso, la naturaleza suele ser objeto de un trato personal.
- ✧ Predominio del parentesco y la religiosidad. Las relaciones interpersonales se articulan no por valores de cambio (económicos), sino en función del parentesco y la religiosidad.
- ✧ Economía de autoconsumo. La ausencia de factores del mercado, la escasa división del trabajo y su relativa autonomía económica configuran una economía premoderna.

Aunque en ocasiones el término “primitivas” aparece como sinónimo de *folk*, cabe señalar que Redfield no hace referencia a sociedades ya desaparecidas, sino a una forma de sociedad que coexiste con las sociedades urbanas o modernas, una coexistencia que toma la forma de la oposición campo-ciudad. Prácticamente todas las características que integran el modelo de sociedad *folk* constituyen lo opuesto de la sociedad moderna (urbana), en la que predominan el individualismo, una progresiva secularización de la vida social, la economía de mercado, la movilidad territorial, la intercomunicación con lo diferente (entre otras cosas, por medio de la comunicación escrita), una conducta que obedece a principios explícitos

²⁵ *Ibidem*, p. 48. Ello no significa, advierte el autor, que sus miembros actúen como autómatas.

dictados por una institución, la interdependencia económica, el debilitamiento de los lazos de parentesco y de la tradición como autoridad, y la diversidad biológica y cultural.²⁶

Ubicado entre dos extremos cronológicos (el crecimiento de las haciendas azucareras durante el Porfiriato y la inestabilidad política en Morelos al final de la Revolución), el drama central del relato de Womack se localiza en los once años de lucha violenta durante los cuales los campesinos de aquella región vivieron los avatares de una revolución, unas veces dominando su territorio, otras como refugiados, y de “[...] cómo finalmente volvió la paz y de cómo entonces los trató el destino”.²⁷

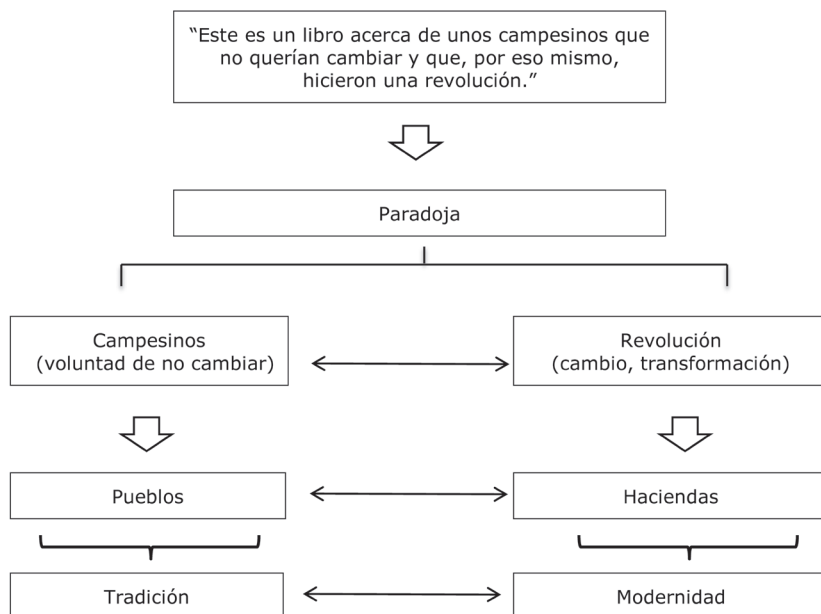
Como señalé antes, el núcleo del drama histórico está en el antagonismo entre tradición y modernidad en varios niveles (véase esquema 7). El primero de ellos corresponde a una voluntad de no querer cambiar y el escenario de una revolución irremediamente asociada al cambio. Un segundo nivel de antagonismo es el que se expresa en términos de los agentes históricos que participan en el conflicto: los pueblos (tradición) y las haciendas (modernidad). En las distintas etapas de la lucha armada, las acciones de los campesinos de Morelos levantados en armas responderán puntualmente a las características con las que Redfield construyó su modelo de la sociedad *folk*.

En el curso del proceso revolucionario, los pueblos de Morelos no dejarán de expresar, ya sea en sus aspiraciones, en sus formas de organización o en sus estrategias de lucha los rasgos propios de una sociedad *folk*. De hecho, su incorporación a la revolución es más el producto de una dinámica interna o local que respuesta a un problema de política nacional. Es esa dinámica interna, la vida de los pueblos, la que se ve alterada por un elemento que viene de fuera (la modernización). Su forma de actuar corresponde a un naturalismo que lo mismo se expresa en los mecanismos de toma de decisiones que en la manera de trazar el deslinde de tierras (Zapata reprende a los ingenieros agrónomos que pretenden trazar líneas rectas y

²⁶ Una aguda crítica de los modelos de sociedad rural y sociedad urbana de Redfield se encuentra en George M. Foster, “Qué es la cultura folk”, en *Introducción al folklore...*, p. 65-75.

²⁷ Womack, *Zapata y la Revolución mexicana*, p. XII.

Esquema 7
TRADICIÓN Y MODERNIDAD COMO EJE
DE LA INTERPRETACIÓN HISTÓRICA EN ZAPATA Y LA REVOLUCIÓN MEXICANA

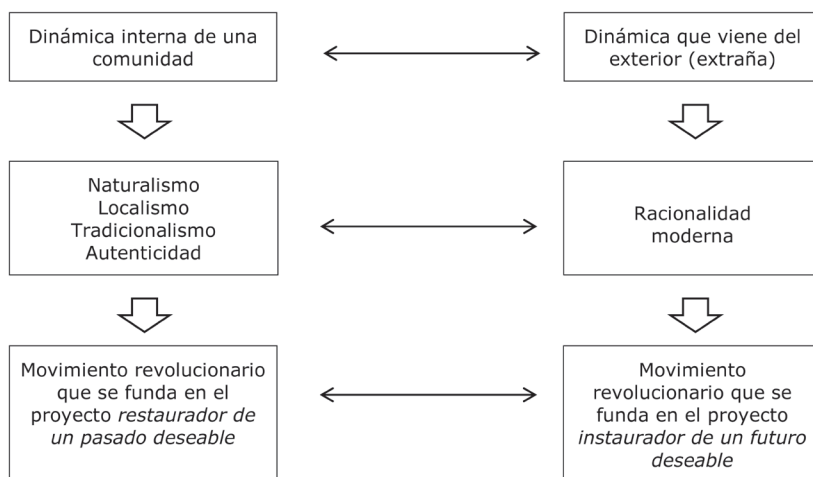


FUENTE: Elaboración propia.

les ordena que sigan el lindero que marca el tecorrall). Su indisposición para emprender acciones fuera del territorio que les es familiar o la desconfianza que muestran hacia la gente que viene de fuera denotan su profundo localismo. Y más que nada los distingue de otros grupos revolucionarios su apego a una tradición que, ante todo, delimita una manera de vivir: comunidades pequeñas, en donde los vínculos de parentesco son fuertes y se mantiene una relación estrecha, casi personal y emocional, con la tierra; donde todos se conocen y todos son semejantes; donde vivieron sus padres y sus abuelos (véase esquema 8).

Naturalismo, localismo, tradicionalismo son en el relato de Womack los elementos que constituyen su autenticidad como facción revolucionaria; no hay en ellos simulación política ni subordinación a ideas o proyectos ajenos; la moral que orienta sus acciones es la

Esquema 8
TRADICIÓN Y MODERNIDAD EN LA LÓGICA REVOLUCIONARIA



FUENTE: Elaboración propia.

misma que informa su vida cotidiana. En esos elementos radica su fuerza, pero también su debilidad ante los otros, aquellos que organizan ejércitos regulares, que pueden desplazarse miles de kilómetros para presentar un combate, que pueden vivir en las ciudades. Los otros, en fin, que actúan de acuerdo con una racionalidad moderna.

Finalmente, la oposición entre la voluntad de no querer cambiar y hacer una revolución se resuelve, en el caso del zapatismo, en una de las formas posibles de revolución: un movimiento que pretende restaurar un pasado deseable, armónico, que en algún momento fue violentado por una fuerza ajena: la modernidad.

Conclusiones

Sin duda por su cercanía cronológica, las obras aquí analizadas tienen más de una coincidencia; ya sea por su interés en los procesos revolucionarios o por la oposición de contrarios que se convierte en el eje de sus interpretaciones del pasado (ideología y utopía; tradición y modernidad). Pero al margen de esas coincidencias, me interesa

destacar el papel que en esas obras tuvieron las lecturas previas. No se trata de encontrar ese extraño fenómeno al que se suele referir como “influencias” de un autor en otro, sino de advertir una actitud dialógica mediante la cual un texto se convierte en un entramado de textos. Sin duda, tanto en *El proceso ideológico...* como en *Zapata y la Revolución mexicana* hay otras lecturas previas; en este estudio he querido destacar la importancia de las ideas de Mannheim y de Redfield en el procedimiento explicativo que siguieron tanto Villosoro como Womack en la construcción de sus respectivos objetos de estudio (situaciones de conflicto) y de los actores históricos, incluyendo la lógica de sus modos de actuar.

Este ejercicio de una especie de arqueología historiográfica ha despertado otras tantas inquietudes. ¿En qué momento y de qué manera un historiador comienza a diseñar el método de su investigación? El diseño del método y el inicio de la investigación, ¿corresponden a dos momentos distintos, tal como a menudo se enseña a los estudiantes de historia? Todo parece indicar que la elaboración del método no antecede a la investigación; es parte de ella. Por tanto, ¿hay un punto cero en la investigación? Podría argumentarse que toda investigación comienza con la formulación de una pregunta y que a partir de entonces se procede a concebir un procedimiento para llegar a la respuesta correcta. Pero la pregunta que formula el historiador es la expresión de un no saber relativo que se configura a partir del cúmulo de sus experiencias vitales, sus percepciones de la temporalidad, su formación y, en buena medida, de las lecturas que han orientado su visión del mundo social y el modelo de su explicación. En este sentido, quizá no existe nunca un punto cero, sino una convergencia de variables circunstanciales que puede dar lugar al encadenamiento de una pregunta y la búsqueda de una respuesta.

BIBLIOGRAFÍA

CHILDE, Gordon, *El mundo de las sociedades primitivas y sus transformaciones*, traducción de Francisco González A., México, Fondo de Cultura Económica, 1963.

- FERRATER MORA, José, *Diccionario de filosofía*, Barcelona, Ariel, 1994, v. IV.
- FOSTER, George M., “Qué es la cultura folk”, en Guillermo E. Magrassi y Manuel María Rocca (introd. y selec.), *Introducción al folklore*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1978, p. 65-75.
- LEONARD, Irving, *Los libros del conquistador*, traducción de Mario Monteforte Toledo, México, Fondo de Cultura Económica, 1953.
- MACHADO, Antonio, “Proverbios y cantares, XXIX”, en *Obras, poesía y prosa*, 2a. edición, Buenos Aires, Losada, 1973.
- MAGRASSI, Guillermo E. y Manuel María Rocca (introd. y selec.), *Introducción al folklore*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1978, p. 26-27.
- MANNHEIM, Karl, *Ideología y utopía. Introducción a la sociología del conocimiento*, 2a. edición, estudio preliminar de Louis Wirth, traducción de Salvador Echevarría, México, Fondo de Cultura Económica, 1987.
- NEUSÜS, Arnhelm, “Dificultades de una sociología del pensamiento utópico”, en *Utopía*, traducción de María Nolla, Barcelona, Barral, 1970.
- O’GORMAN, Edmundo, “Prólogo” a *Historia natural de las Indias*, México, Fondo de Cultura Económica, 1939.
- REDFIELD, Robert, “La sociedad folk”, en *Introducción al folklore*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1978, p. 37-64.
- VELÁZQUEZ, Marco, “El tropos del héroe trágico entre la historia y la literatura. De Lev Tolstói a John Womack”, *Graffylia. Revista de la Facultad de Filosofía y Letras*, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, n. 7, 2007, p. 107-118.
- VILLORO, Luis, *El proceso ideológico de la revolución de independencia*, 2a. edición, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1999.
- WOMACK, John, Jr., *Zapata and the Mexican Revolution*, Nueva York, Alfred Knopf/Random House, 1968.
- , *Zapata y la Revolución mexicana*, 9a. edición, traducción de Francisco González A., México, Siglo XXI, 1978.